

Carton y Carrel, dos sabios médicos franceses

(A propósito de un libro reciente)

Por SILVERIO PALAFOX

Doctor en Medicina

Director del Instituto "Hipócrates"

I

PARALELISMOS

Y^A cuando se editó en francés *L'Homme, cet inconnu* (mal vertido al español por *La incógnita del hombre*), la *Presse médicale* del 20 de mayo de 1936 publicó un artículo del doctor P. Desfosses en el que, parangonando a los médicos cuyos apellidos titulan este apunte, afirmaba —entre otras muchas cosas, a cual más interesante—: «un grand nombre des idées contenues dans le livre de Carrel avaient été déjà exprimées en France par Paul Carton».

Hoy, ante la azoriniana prosa póstuma de «frase y punto»; como siempre, del celeberrimo premio Nóbel, *Reflexions sur la conduite de la vie* —apuntes publicados en 1951 con una nota previa, aclaratoria, de Anne Carrel—, viene automáticamente a mi mente su paralelismo con otra del doctor Carton, *Les lois de la vie saine*, que vió por primera vez la luz en 1922 y va por su quinta edición francesa, aparte múltiples traducciones.

Mas si el paralelismo es innegable, la acusación de plagio sería insultante por injusta. Basta conocer la integridad de sus autores para rechazarla. La coincidencia, empero, se presta a un sin fin de reflexiones útiles que no haré sino apuntar.

Ante todo, resalta la identidad del fin frente a la diversidad del camino y la disparidad de actitudes mentales.

II

DOS HOMBRES

Alejo Carrel tiene una personalidad y un itinerario ya populares. Es el «super-científico», *vero sensu*, cultivador genial y devoto de la ciencia experimental, por la que llega al encuentro con lo «todavía» *para-científico* —intuición, clarividencia, telepatía, moral, religión, milagro—, que «aguarda aún su Claudio Bernard», porque los hombres de ciencia actuales no están capacitados para aprehenderlo «científicamente». Crear esos hombres capaces es para él lo más urgente. Su «Fondation française pour l'étude des problèmes humains», debió ser la organización —tristemente fracasada— que lo hiciera posible. Sobre la Francia de esta postguerra pesará siempre el haber consentido una muerte ignominiosa para su creador, Carrel, y su alentador, Pétain.

Pablo Carton, casi desconocido en España pese a circular —ya agotada— una deficiente traducción de alguna obrita suya, y a ser el verdadero «Paul Dombrelé» de la popularísima novela *Cuerpos y Almas* (debidamente a la pluma de su entonces enfermo «resucitado» Maxence van der Mersch, fallecido hace poco) es, mentalmente, el polo opuesto. Intuitivo, vitalista, ocultista —*recto sensu*—, crítico severo del experimentalismo actual, se mantuvo retirado por propia decisión del mundanal ruido en su finquita de Brévannes, donde atendió en vida los enfermos exclusivamente necesarios para su experiencia clínica y sus necesidades económicas, reducidas a un mínimo esencial. El conocimiento del hombre es para él una adivinación de lo invisible a través de lo sensorial, y su técnica, esa especie de metafísica intuitiva que son las verdaderas Ciencias ocul-



Alexis Carrel

tas, cuyo dominio requiere, a más de su estudio, una continua y severa ascética. Una *magia blanca* y ortodoxa podría hallar con esto un filón de sabiduría casi virgen en la grafología, la quirología, la fisiognómica, etc., etc.

III

DOS CAMINOS

Y al parecer opuestos. Seguidos ambos con un ardor y una donación total de sí mismos que admira al más apático, pues si bien no es cierto que por todas partes se llegue a Roma, sí lo es que por muy diversas rutas y modos puede arribarse. Y que lo importante es llegar... Y hasta que tan mal le va al peatón ir volando como al aviador andando...

Dos vidas admirables, si vivir debe ser para el hombre, como señala Laín Entralgo «ir dejando vestigios bellos y perdurables sobre el suelo que extiende a sus pies la sociedad que le envuelve y la parcela de historia a que cada día despierta». Dos biografías pa-

ralelas, o, mejor, convergedoras en su finalidad trascendente, que bien merecen la atención de otra pluma menos premiosa que la que ahora escribe para darlas como ejemplo realmente estimulante —*sensu bono*— a los jóvenes de hoy con ansia de superación. Dos hombres para quienes su profesión médica, en vez de limitaries el campo visual, les instala con visión genial en el problema fundamental de su momento histórico: la ciencia sintética del hombre; el «*nosce te ipsum*» nueva y eternamente imperativo —visto desde dos cumbres distantes y distintas, pero a cuál más alta—, como previo a un religioso «*vivere secundum naturam*».

IV

UN SOLO FIN

El perfeccionamiento humano integral. «La Medicina mal orientada, dirá Carton por su parte, se ocupa exclusivamente del estudio y del tratamiento de las enfermedades terminales declaradas, en vez de investigar, de conocer y enseñar, ante todo, las leyes de la salud». El norte médico ha cambiado con ello su signo negativo —enfermedad— en positivo —salud—. Carrel irá más lejos en su afirmación: «La conquista de la salud no basta. Hay que provocar también en cada individuo el desarrollo óptimo de sus virtualidades hereditarias y de su personalidad, pues la calidad de la vida es más importante que la vida misma». Carton no precisó decirlo; su vida egregia en su organismo pésimo, fué viviente ejemplo de esta afirmación carreliana. Junto, pues, a la Higiene preventiva, la perfectiva: Pedagogía al fin.

Una especie de «naturalismo cristiano», como el atribuido por Gilson a Santo Tomás, vendría a ser la consigna común. Un *vivere secundum naturam*, personalizada, historicada y cristianizada esa humana naturaleza; es decir, completa de su helénica manquedad (1). «Hacer la voluntad de Dios —había dicho Carrel en *La Prière*—, consiste, evidentemente, en cumplir las leyes de la vida tal cual están inscritas en nuestros órganos, en nuestra sangre y en nuestro espíritu». Consigna [que sea dicho al paso, no encierra en sí heterodoxia alguna como se ha pretendido (2)], a la que sigue fiel en su último libro y para cuya realización, ambos, cada cual a su estilo, entrevieron la necesidad de ese «aumento de luz» y ese «suplemento de fuerza», que sólo encuentran en Cristo, tras una búsqueda angustiosa de la verdad. *Veritas liberabit vos*, prometió no en balde el Maestro. Solamente la verdad puede salvarnos, repite más de una vez el escueto Carrel. El problema de la vida sana consiste en la búsqueda de la verdad, afirmaba Carton.

«A la naturaleza por la gracia». «Para poder ser hombre hay que ser cristiano; para ser cristiano, hay que ser hombre»; tal podría ser la frase que, en aparente paradoja, resumiera el afán de nuestros héroes. Para vivir como su real naturaleza humana exige, el hombre ha de comenzar por superarla. Para vivir como tal, el hombre precisa algo sobrehumano. Y ¿quién no ve tras ello el tan olvidado «*gratia non destruit, sed supponit et perficit naturam*?...»

(1) «Grecia nos enseñó a ver la *physis*, y el Cristianismo a descubrir la índole personal de esa *physis*, cuando lo es de un hombre... ¿Lograremos los médicos... ver la Medicina como una verdadera ciencia del enfermar humano, según la idea más genuinamente cristiana del hombre?» (Prof. P. Laín Entralgo).

(2) «... Una naturaleza... cuyo bien propio consiste en quererse tal como Dios la quiere» (E. Gilson, *La Moral de Santo Tomás de Aquino*, Introducción).

V

EL PREDICTOR

Como en tantas otras cosas, «nuestro agudo e ineficaz Letamendi» —según frase certera de Laín Entralgo— supo también aquí ver, aunque no hacer; señalar, más no seguir, el camino *antropogógico* que con titánico esfuerzo y moderno atuendo va reconquistando hoy la Medicina que le ignora. Véase una inconcusa muestra de ello en las siguientes frases que a continuación transcribo:

«De la Higiene diremos... que es *el arte de vivir lo más y mejor posible*, entendiendo por *lo más* la extrema longevidad que nuestra especie consiente, y por *lo mejor* la perfecta concordancia entre lo que nuestro organismo *hace* y aquello que *debe* hacer según su naturaleza...»

«Lo que la Higiene debe, pues, ofrecer de propio... es la *regla de conducta*; lo demás, lo científico, es pura Fisiología.» (O. C. I., 215).

Claro está que un tal ascetismo higiénico —chocante con el cientificismo dogmático que reducía toda profilaxis a la asepsia y a las vacunaciones en masa— postula una especial actitud mental previa, que lo acepte y ponga en práctica.

«Si el hombre lo es por la razón —escribe en otro ensayo (O. C. I., 59)—, y esta tiene por ejecutoria el albedrío, la realización de la Higiene humana radica en la voluntad, y, por lo tanto, la educación de ésta constituye el fundamento de la Higiene así pública como privada».

Y tampoco se le escapa, claro es, que este cumplimiento bionómico, no será factible a todos, ni aun con voluntad de realizarlo, sin una auténtica política sanitaria —*sensu lato*— que revierta a *capite ad calcem*, la actual organización y las costumbres sociales. Ahí ve —con tino y valentía de expresión que hacen parecer actuales las siguientes palabras de su Patología general (II, 506)—, la verdadera medicina social del porvenir:

«La historia administrativa del renacimiento de la Medicina desde la caída del Imperio de Occidente, no puede ser más desairada; en cambio, su porvenir no cabe imaginarlo más honroso. Del monje curandero al judío, del judío al barbero ilustrado, del barbero ilustrado al actual iñustre doctor, la cadena del pasado no nos consiente andar ufanos de nuestro abolengo; mas, en cambio, del médico de hoy ha de nacer el legislador de mañana; y todo ese enjambre de legisladores de afición que hoy gobierna las naciones, habrá de ceder muy pronto su lugar a los futuros médicos-estadistas, únicos legítimos intérpretes de las necesidades sociales, y entonces, la actual vergonzante Higiene pública, transformada en verdadera *Medicina política* —o ciencia y arte de la preservación, curación y mejoramiento de las sociedades—, será la fuente inmediata de todo lo que hay de sanitario en el derecho público, que será, andando el tiempo, *casi todo*, haciendo buena aquella intuición romana: *Salus populi suprema lex*.

VI

DEDICATORIA

Ante tamaña empresa, dedico a los jóvenes, como despedida, la frase para mí más «hiriente» (¡bendita herida!) del libro que inspiró estos renglones:

«¿Cuántos tendrán el valor de aventurarse en ella con un esfuerzo personal inmediato, con un cambio en su manera de pensar, de obrar, de comportarse ante los demás, mediante el dominio de sí mismos?»

Con semejante inquietud de sucesión murieron esos dos colegas franceses (que Dios haya), y que en vida se llamaron Alexis Carrel y Paul Carton. Mi recuerdo aquí quisiera tener eco en alguien capaz de hacer que el interrogante no quede sin adecuada respuesta.